



EL CIELO EN LLAMAS

Daniel COHN-BENDIT

Adam MICHNIK

Mientras íbamos por las calles manifestándonos contra la hipocresía y la amnesia de las democracias occidentales, intelectuales y trabajadores de Polonia y Checoslovaquia intentaban liberarse de la opresión de regímenes totalitarios. Su versión comunista de una rebelión antiautoritaria confirmó mi aversión y mi odio por el socialismo real y por sus epígonos occidentales.

En 1968, en el contexto de las protestas estudiantiles, Adam Michnik fue expulsado de la universidad de Varsovia y simultáneamente condenado a tres años de prisión. El partido —sobre todo el entonces ministro del Interior, Moczar— atribuyó la responsabilidad de las agitaciones estudiantiles a una «conjuración sionista». Algunos portavoces de esta rebelión —y entre ellos el mismo Adam Michnik— eran, en efecto, judíos. El objetivo de tal campaña, que se basaba en una latente pero profunda corriente antisemita existente en la población, era impedir que la protesta se extendiese a la sociedad entera. Innumerables intelectuales judíos, docentes, actores, médicos y funcionarios

del partido perdieron su trabajo. Sólo 30.000 judíos habían sobrevivido en Polonia al holocausto; en 1968, la mitad de ellos se vio literalmente forzada a emigrar.

Durante años, Adas —así lo llaman sus amigos— fue para el pueblo polaco un judío. Hasta 1983. Después del golpe del general Jaruzelski fue nuevamente arrestado y condenado a varios años de prisión. El entonces ministro de la Policía, Kiwczak, le ofreció la vía de la emigración. «Polonia me gusta tanto respondió Michnik en una carta que se hizo famosa—, aunque deba estar en prisión, que no pienso de ninguna manera exiliarme». Desde ese momento, Michnik ya no fue un judío para sus compatriotas, sino un «verdadero» polaco. Según la voz del pueblo, en efecto, un judío habría emigrado y jamás habría dado una respuesta tan «heroica».

Daniel Cohn-Bendit: Los tres años que van de 1965 a 1968, ¿fueron los más interesantes de tu vida, los más apasionantes?

Adam Michnik: Toda mi vida ha sido

interesante. Quizá el período más importante fue el de Solidaridad. Por nada del mundo renunciaré a esos dieciséis meses. Por ellos también valió la pena pasar seis años en la cárcel. No cederé siquiera uno de esos días. Pero los años entre 1965 y 1968 fueron sobre todo interesantes, porque fue un período durante el cual, con un par de amigos, desarrollé de hecho una actividad de oposición legal en un sistema en el que, en realidad, no había sitio para una oposición legal. Fue la universidad la que nos permitió existir como oposición. La situación de la universidad era muy complicada y ello se debía al hecho de que una gran parte del cuerpo docente profesaba ideas liberales, tanto profesores sin partido como profesores inscritos en el partido comunista. Naturalmente, estas personas nos consideraban unos perfectos idiotas, nosotros que nos definíamos como verdaderos comunistas. Para ellos, el comunismo de por sí, ya como definición, era una calamidad. Y nosotros, que queríamos ofrecer un comunismo mejor, debíamos estar en realidad completamente locos.

Para preservar su honor y su dignidad, a pesar de todo, era necesario que nos defendiesen. Nosotros los contestatarios éramos, en efecto, sus discípulos, la legitimación de su conformismo; éramos para ellos el billete de entrada en la historia, la justificación de su existencia. Por eso nos tomaron bajo su protección. De mala gana, pero lo hicieron.

En la universidad se realizaban debates organizados por la Federación juvenil comunista. Por ejemplo, sobre el tema «Cincuenta años de política exterior de paz de la Unión Soviética». Nuestra actividad consistía en lo siguiente: primero nos reuníamos, organizábamos un seminario durante el cual estudiábamos a fondo el argumento y por fin distribuíamos las partes. Era algo cómo: tú, Jacek, habla de la intervención en Hungría; tú, Józek, de

Katyn; tú, Stephan, de Finlandia; tú, de los procesos de Moscú, o de Yugoslavia. En el caso de la política exterior de la Unión Soviética se trató de una gran manifestación oficial en el aula magna de la Universidad de Varsovia, en la cual intervino también Walery Namiotkiewicz, el secretario de Gomulka. Fuimos y nos distribuimos en la sala. Él hizo una ponencia cuyo tema central era que la Unión Soviética había luchado por la paz durante cincuenta años. Luego mi amigo Józek se puso en pie y dijo: «Querría hacerle una pregunta al orador. ¿Esta paz (*pokoj*) consistía en una habitación (*pokoj*) con cocina?». El secretario dijo: «Esto es una provocación. ¡Sois incapaces de discutir los hechos de manera objetiva!». Entonces me levanté yo y dije: «Claro que somos capaces; la prueba está en que le seguimos escuchando». Y él: «El partido no le tiene miedo a las argumentaciones». Y yo: «Lo veremos». Y entonces estalló el escándalo. Jacek se levantó y habló de Hungría; Józek se levantó y habló de Finlandia. Stephan se levantó y habló de Yugoslavia. Por último me levanté yo y cité a Fidel Castro.

¿Y no te avergüenzas?

Claro que me avergüenzo. ¿Y tú, no tienes nada de que avergonzarte? ¿Eh, Dany? Me avergüenzo, pero ¿debo contar sólo cosas maravillosas o la verdad?

No, no...

¡Me avergüenzo! Entonces, me levanté...

Pero ahora lo sé, ahora he comprendido qué era el 68. Ahora puedo decírselo al mundo entero...

Me puse de pie y cité a Fidel Castro. «Fidel Castro ha dicho que la coexistencia pacífica por la cual lucha la Unión Soviética consiste en el hecho de que no deben caer bombas sobre Moscú ni sobre Washington. Pero sobre Vietnam pueden

caer. ¿Y cómo se siente usted, miembro del partido comunista, cuando todos los días caen bombas sobre Vietnam y usted no les presta auxilio, no quiere auxiliarlos? Y él no sabía si yo era filosoviético o anti-soviético. En su lugar, ni siquiera yo lo habría comprendido. Otra vez fue Rakowski, un liberal. Nos levantamos y le dirigimos una serie de preguntas. Le preguntamos si pensaba que el marxismo era una teoría crítica. Dijo: «Naturalmente». Si el marxismo creía en los dioses. «De ninguna manera». ¿Gomulka es un ser humano o un dios? «Un ser humano, naturalmente». Entonces, en cuanto ser humano, ¿puede ser infalible como un dios? «No, no puede serlo». ¿Por qué entonces usted, Rakowski, no ha encontrado jamás en Gomulka un error que criticar? Y así sucesivamente. ¿Debo seguir contando?

Era una rebelión antiautoritaria.

¡Pues, claro!

Y es una experiencia común a esta generación.

Sí, es verdad, eso es lo que ha marcado a esta generación.

En cualquier caso los contenidos son diferentes.

Esta generación ha aportado a la oposición polaca algo muy específico.

Y a todas las oposiciones sociales del mundo, aunque en parte los contenidos eran dramáticamente opuestos. O quizá no diametralmente, pero sí muy diferenciados.

Sí, sí, es así, Dany. Es verdad, no es casual que yo me haya identificado completamente con el mayo francés. Mi padre no. Mi padre decía: «Ese Cohn-Bendit y su horda son canalla fascista». Y yo decía: «No, son como yo». «Ese Krivine es una bestia stalinista». Y yo decía: «No, es co-

mo yo». El decía: «Ese Tariq Ali, ese paquistaní que vive en Inglaterra, es un agente de la KGB». Y yo decía: «No, es como yo». En este punto tenía con mi padre una disputa muy fuerte. En 1968, Dany, tú diste una entrevista en la que insultabas al Partido Comunista Francés, definiéndolo como «gentuza stalinista». Yo le decía a mi padre: «¿Esto no te convence?». El respondía: «Sí, en esto tiene razón, pero desde un punto de vista equivocado. Sí, porque tú eres un comunista y yo no. A ti te interesan los puntos de vista justos, a mí me interesa sólo si alguien tiene razón o no».

Bien, dejemos de lado las anécdotas. Ahora le toca la vez a la conmoción del 68.

Los años que van de 1965 a 1968 fueron un período en que se concentró, en la universidad, una serie de personas que buscaban el conflicto. Era sólo un grupo de personas, no una organización ilegal. Nos encontrábamos muy lejos de organizarnos como grupo ilegal. Pero nos movimos en esta dirección y, si las cosas hubiesen seguido adelante de la misma manera durante otros dos años, probablemente nos habríamos organizado. En aquel período buscábamos una fórmula que nos permitiese comprender nuestra realidad.

Este grupo buscaba contactos por dos vías: por un lado, los círculos intelectuales católicos; por el otro, los troskistas franceses. Y en última instancia, permanecí fiel a esta búsqueda. Hay una parte mía marcada por el pensamiento de la izquierda europea occidental, y otra influida por las corrientes humanísticas iluminadas, presentes en la Iglesia católica polaca, lo que significa que violo todos los preceptos de Kant, soy sumamente incoherente. Pero si un día tuviese que volverme coherente, creo que moriría enseguida. Mi maestro Leszek Kolakowski escribió un ensayo titulado *Elogio de la incoherencia*, al cual me adhiero. Pienso que el

mayor error en la historia de mi vida en este período fue oponerme, en 1966, a la iniciativa de los obispos polacos —y en particular del cardenal Wyszynski— en relación con los obispos alemanes.

¿La iniciativa con respecto a la frontera Oder-Neisse?

Yo era un adversario convencido de la propaganda nacionalista antialemana. Recibí una educación comunista e internacionalista. No existen pueblos mejores y pueblos peores. No existen pueblos malditos. Los responsables del nazismo no son los alemanes, sino los fascistas. En las Sagradas Escrituras se lee que son suficientes diez hombres justos para salvar una ciudad. Y diez alemanes como Thomas Mann, Viktor Klemperer, Hermann Rauschning, los hermanos Scholl, etc., han salvado a Alemania. Y la carta de los obispos polacos a los obispos alemanes debería haberme gustado. En cambio, no me gustó. Porque había sido educado para pensar que todo lo que viene del episcopado católico debe ser necesariamente reaccionario, nacionalista y pérfido. Ahora que lo pienso, me siento culpable por no haberlo entendido entonces. De este sentimiento de culpa nació mi libro *La izquierda polaca y la Iglesia*. Este es el primer argumento que me hace sentirme culpable; el segundo es la valoración de la guerra del Vietnam. Pero volvamos un momento a la carta. En aquella carta, los obispos polacos escribían a los obispos alemanes: «Perdone-mos y pidamos ser perdonados. Perdone-mos los crímenes nazis y pidamos perdón por el odio con que hemos castigado esos crímenes». Ahora pienso que fue un movimiento correcto, inteligente y clarividente. Pero entonces no lo comprendí. Una vez —me encontraba en Alemania— Heinrich Böll me contó que, leyendo la carta de los obispos alemanes, experimentó casi la sensación de que el Nazareno había resucitado por segunda vez. Hubo también una oposición católica a esta car-

ta, pero de ella son los católicos quienes deben justificarse: yo debo justificar mi punto de vista. Es una pésima costumbre polaca la de disculparse por los pecados ajenos. Pero yo soy un revisionista y me justifico sólo por los míos.

El segundo argumento es Vietnam. La primera octavilla ilegal que repartimos en la universidad se refería a Vietnam. Equiparábamos la intervención norteamericana en Vietnam con la intervención soviética en Hungría. En cambio, no se pueden equiparar. En Vietnam se trataba de una guerra contra el totalitarismo, en Hungría de una guerra contra la libertad. Así lo entendía yo.

¿Y Vietnam del Sur? ¿Qué era Ky? No es tan simple. Puede decirse que era una guerra entre dos totalitarismos.

Vietnam del Sur era un régimen corrupto y reaccionario, pero no un régimen totalitario.

¿Piensas que no era totalitario?

No. Hay que distinguir una dictadura militar muy desagradable de un campo de concentración. Si no entiendes esta diferencia, Dany, entonces no entiendes de comunismo. Tendrías que entenderlo.

Eres tú quien debe hablar. Yo no quiero hablar de ningún modo.

Sí, pero has dicho algo.

He preguntado algo.

Quien pregunta dice también algo.

Es demasiado simple. El problema es éste: tú, hoy —muchos franceses lo hacen—, si estuviese en discusión el tema, ¿apoyarías a los norteamericanos en Vietnam? ¿Los apoyarías, quiero decir, desde un punto de vista ideológico?

De un modo muy particular, sí.

¿Qué significa?

Estaría contra los *vietcong*, pero construiría una alternativa democrática en el Sur. Pero quiero decirte una cosa, Dany: si debo elegir entre Hitler y Stalin, elijo a Marlene Dietrich.

Vale, vale...

No, no «vale», porque vosotros elegiríais el mal menor. Y pensáis que Stalin es el mal menor.

Que no...

Y te digo: si Stalin hubiese perdido la guerra...

No digo eso; digo que desde el punto de vista de los vietnamitas la guerra del Vietnam era una guerra de liberación nacional.

Me atrevo a ponerlo en duda. Si hubiese sido así, hoy no habría *boat-people* en fuga.

Lo que el Frente de Liberación de Vietnam del Sur y la gente no comprendieron es que Vietnam del Norte tenía intereses completamente distintos.

¿Y tú, Dany, crees todavía que no lo habían comprendido?

Hoy no hay un sólo representante del Frente de Liberación de Vietnam del Sur en el gobierno de Vietnam.

Se lo tienen merecido. Es eso lo que han logrado. Y le sucederá exactamente lo mismo a cualquiera que se líe con los comunistas. Te lo digo yo, que soy sangre de su sangre y carne de su carne.

Para ti ésta es una verdadera experiencia histórica; pero en este caso debes partir de

la conciencia de las cosas que tenían los vietnamitas.

Por lo que respeta a la conciencia de los vietnamitas, tú y yo nos encontramos en la misma situación: no tenemos de ella la más mínima idea.

He hablado con vietnamitas.

¡Y yo!

En Polonia no había. Quiero decir *boat-people*.

Pero hay estudiantes vietnamitas. Y cuando han bebido bastante dicen la verdad.

Pero no puedes proyectar en los vietnamitas, *a posteriori*, una experiencia válida para los polacos. Quiero decir que los vietnamitas han hecho su experiencia del comunismo después de la liberación. En el 68, la gran mayoría de los vietnamitas combatía contra los norteamericanos y...

Deja el tono electoral y dilo en dos palabras.

No estaban siquiera a favor de los comunistas; estaban contra los norteamericanos.

¿Y cómo lo sabes? Está bien, hay algo de verdad en ello. Los norteamericanos son también responsables.

Si te sirve de algo, te diré que en el 67 hicimos una octavilla y por esta octavilla nos hemos peleado con tus amigos troskistas de entonces...

No les disteis bastante...

En esa octavilla decíamos que la revolución vietnamita bajo la guía del estalinista Ho Chi Minh no tenía futuro, porque ya en 1947, con la ayuda del Partido Comunista Francés y del ejército francés, había sofoca-

do la rebelión de los campesinos. Para mí el problema siempre ha sido éste: cómo mantener la exigencia vietnamita de independencia sin mantener a los comunistas. Pero ésta, ahora, es otra historia.

Tengo todavía una pregunta que hacer-te. ¿Cuántas ventanas de la embajada estadounidense has roto para apoyar a los *vietcong* y cuántas para los *boat-people*?

En todos estos años, probablemente, me he manifestado más a menudo contra la Unión Soviética, rompiendo más cristales, que contra los norteamericanos.

No por Vietnam.

¿Ante la embajada soviética por Vietnam? No.

Para apoyar a los *boat-people* no se ha roto un solo cristal de las ventanas soviéticas y por Afganistán lo han hecho sólo los fascistas. Y ésta es nuestra mayor derrota, Dany, nuestra derrota común. En el aniversario de la intervención soviética en Hungría me encontraba en Roma. Era el año 1976. Los únicos manifiestos que la recordaban eran manifiestos fascistas. El único libro aparecido sobre Katyn en Italia fue publicado por una editorial fascista. Pero éste no es un éxito del fascismo; es una derrota nuestra.

Es verdad, la emoción por Vietnam era más fuerte. Eso es verdad, en eso te doy la razón.

¿Qué significa más fuerte? Había y ahora no hay...

Es un poco más complicado...

Sí, sí,... complicado.

Bueno, dejemos de lado Vietnam.

Está bien, basta de Vietnam. Dos acontecimientos fueron entonces sumamente

significativos para los polacos, uno nacional y el otro internacional. El nacional fue la puesta en escena de la obra teatral de Adam Mickiewicz *Dziady*; el internacional, Checoslovaquia. En conjunto, en los primeros dos meses de 1968 el problema total de Polonia lo expresó, en el escenario del Teatro Nacional de Varsovia, el ruso Bestuzev, un personaje de *Dziady*, con la famosa frase: «No me sorprende que nos maldigan. Durante toda una generación, hasta ahora, este país fue mancillado por un ejército de miserables venidos de Rusia». Simultáneamente comenzaba la primavera de Praga. Y nosotros gritábamos: «¡Los polacos esperan a su Dubcek!». Estos dos fueron los acontecimientos más importantes. Contábamos con una nueva oleada de democratización. Al mismo tiempo, lo ocurrido en el Teatro nos sensibilizó en relación con el sentimiento nacional polaco. Era un fenómeno puramente polaco. Nosotros éramos comunistas, Mickiewicz no. Pero no era siquiera un patrioter. Era profundamente antirruso, pero en el sentido antizarista. Escribió también el poema *A mis amigos moscovitas*, dirigido a los decembristas. Esto correspondía también a nuestro estado de ánimo.

Con la ayuda de Mickiewicz podíamos ser patriotas e internacionalistas al mismo tiempo. Antirrusos y filorrusos. Esto se lo debíamos a él. Y Checoslovaquia representaba para nosotros una nueva perspectiva. Cuando la censura prohibió *Dziady*, fuimos a la última función con una pancarta. En ella pedíamos que continuasen las representaciones y gritábamos la consigna «Independencia sin censura». Era una consigna ambigua, hipócrita. Se podía concluir de ella que Polonia no debería recurrir a la censura porque ya tenía la independencia. Esta era la versión para los comunistas en el gobierno. Para el pueblo, no obstante, la consigna tenía otro significado: que la independencia polaca

no debía ser censurada, que debía ser más completa. Y ahora vuelvo a lo que me preguntaste al principio. Si en Alemania no se pudiesen representar Goethe y Schiller, tú serías el primer nacionalista alemán.

Para mí es difícil, porque Goethe y Schiller me resultan indiferentes. Es siempre el problema de mi educación.

Está bien, tomemos a Beaumarchais o Voltaire. O Shakespeare. El que quieras. ¿Heine? ¿Börne? ¿Lessing? Estoy haciendo ahora alarde de mi cultura.

Fassbinder. En el caso de que no hubiesen sido los judíos —que estaban directamente comprometidos— quienes impidieran la puesta en escena de su obra, hubiera sido el Estado, con un procedimiento policial. Suponiendo que se prohibiese representar sin censura los trabajos de un paria como era Fassbinder.

Exactamente. Y de golpe no se puede hacer porque los rusos lo impiden. ¿No serías en este caso un patriota alemán?

Digamos un amante de la libertad, si quisiese poner en escena a Sartre en Alemania y los rusos lo impidieran.

Vale. En vista de que, en realidad, Mickiewicz era un lituano, yo me sentía un verdadero internacionalista. Fue precisamente en ese momento cuando el pequeño grupo de disidentes comunistas rebeldes tomó en sus manos la bandera nacional.

Y, de golpe, lo que hasta entonces había sido en cierta medida abstracto y teórico se llenó de sangre polaca. La mitología de la sangre polaca es completamente distinta de la «sangre-y-suelo». Los polacos han derramado su sangre sólo en las derrotas. No es una tradición patrioterica, sino una tradición del sacrificio, del martirio. Por primera vez me dije a mí mismo que soy un auténtico polaco. Y que sólo por el he-

cho de serlo puedo ser también un internacionalista. O universalista. En ese momento me di cuenta de que se me prohibía algo por ser polaco. Los comunistas lo han comprendido muy bien. Siempre sostuvieron que nosotros, los «paracaidistas», usábamos a Mickiewicz sólo para ocultar nuestro verdadero rostro (nos llamaban «paracaidistas» porque aterrizábamos en cada asamblea, precisamente, como una cuadrilla de paracaidistas. El partido organizaba una asamblea y caíamos allí como un comando de paracaidistas y llevábamos adelante nuestra causa). Fuimos acusados de usar cínicamente a Mickiewicz para ocultar nuestros intereses troskistas-sionistas. Sólo Mieczyslaw Moczar podía juntar troskismo y sionismo. Nosotros no. No puedo negar que teníamos algo en común con el troskismo. Con el sionismo, en cambio, no nos unía nada en absoluto.

Por lo que se refiere al troskismo, iba a menudo a Polonia gente de la SCR (la liga troskista). Yo mismo envié dos copias de la *Carta abierta* de Kuron y Modzelewski a Occidente; un ejemplar a París, a la revista en el exilio *Kultura*, y el segundo a la SCR. En esa época no era común mandar cosas a Occidente. La carta apareció simultáneamente en la revista *Kultura* y en las publicaciones troskistas. Teníamos contactos con los troskistas. Como decía antes, a menudo llegaban aquí jóvenes de la SCR que decían ser comunistas y rebelarse contra la ortodoxia estalinista del Partido Comunista Francés. De su pensamiento me atraía la posibilidad de ser —con la ayuda del troskismo— rebeldes antisoviéticos y, a la vez, seguir siendo marxistas y comunistas. Nos separaba, en cambio, su relación increíblemente doctrinaria con la realidad. Describían la realidad con el lenguaje de la doctrina, en vez de desarrollar su doctrina sobre la base de la observación de la realidad. Me acuerdo de una discusión que tuvimos con ellos: ¿la burocracia es una casta o

una clase? La tesis de Troski era que la burocracia constituía una casta; la otra tesis, según la cual la burocracia es una clase, era de Djilas. Los troskistas criticaban mucho esta tesis de Djilas. Nosotros éramos de la opinión de que la burocracia era una clase y no una casta. De la tesis troskista, en efecto, se deduce que el Estado comunista es un Estado proletario con fenómenos de degeneración burocrática. Partiendo de la otra tesis, se llega en cambio a sostener que se trata de un Estado totalitario y no de uno proletario. Otras diferencias existían con respecto a la cuestión nacional. Los troskistas, un poco como tú, Dany, no llegaban a comprender por qué nos aferrábamos a la idea nacional. Nos consideraban nacionalistas. Desde el momento en que los nacionalistas polacos nos consideraban cosmopolitas, sionistas, troskistas, internacionalistas, todo era, en conjunto, bastante divertido.

Ahora dejemos a los troskistas. Volvamos a marzo de 1988.

Como ya he dicho, en marzo coincidieron dos acontecimientos: la suspensión de las representaciones teatrales de *Dziady* y la primavera de Praga. La acción a favor de la obra teatral y de Mickiewicz me hizo entrar por primera vez en contacto, apasionadamente, con los sentimientos nacionales y antirrusos. Nosotros no éramos nacionalistas. Mickiewicz, no obstante, hizo que pudiésemos referirnos a sentimientos nacionales sin asumir una aproximación nacionalista de la realidad. Todo comenzó, pues, con *Dziady*. Se trata de un clásico drama nacional polaco. Probablemente no existe nada semejante en la literatura alemana o francesa. Cuando nos enteramos de que la censura lo prohibiría, hicimos una manifestación durante la última representación. Como consecuencia de ello me acusaron de alta traición. La alta traición consistía en haberme encontrado con un periodista francés y haberle contado que la censura había

prohibido la obra. Después de este episodio, un colega y yo fuimos expulsados de la universidad. Fue el ministro de Instrucción Pública en persona quien nos echó.

Según la ley de entonces, esa medida excedía las facultades de un ministro. Por lo tanto nuestra expulsión era ilegal. En consecuencia organizamos una manifestación de protesta, de solidaridad estudiantil. Esta demostración tuvo lugar el 8 de marzo. El 9 me arrestaron. No había tomado parte de la manifestación, porque se trataba de mí y, en estos casos, no se participa personalmente. Pero esto no tuvo ninguna importancia. Me arrestaron y recuperé la libertad sólo después de un año y medio. Mi temporada en la cárcel fue, sin embargo, sumamente instructiva. Cuando recibí por primera vez en prisión los periódicos, leí ciertas cosas que me hicieron pensar que la policía los había falsificado adrede para mí. Hasta 1968 no era habitual en la prensa comunista polaca utilizar la misma lengua de los *Stürmer*. Se dilataba la teoría del marxismo-leninismo hasta alcanzar un antisemitismo de tipo nazi. No podía dar crédito a mis ojos. El periódico decía que yo era un judío y que no había sitio para mí en Polonia. Entonces tenía veintiún años y jamás se me habría ocurrido que se pudiese escribir algo por el estilo en lengua polaca. En ese punto se me planteó la cuestión de quién era yo en realidad. Me pregunté si no era efectivamente un judío y si no debía abandonar Polonia. Pero finalmente me dije a mí mismo que no le correspondía al señor Mieczyslaw —que es un agente soviético— decidir si yo era polaco, judío o chino. Y entonces decidí que la cuestión no dependía de ellos y que no eran quienes para decidir sobre mi identidad nacional. Al mismo tiempo se me aclaró el asunto de mi identidad espiritual. El antisemitismo de los comunistas polacos quebró definitivamente y para siempre mi nexo espiritual con el comunismo. Ese fue el primer punto determinante. El otro

fue la invasión soviética de Checoslovaquia.

Fue el día más horrible de mi vida. El 21 de agosto de 1968 me enteré por los periódicos de que en Checoslovaquia habían intervenido militarmente cinco Estados —entre ellos, Polonia—. Por primera vez me sentí un nacionalista polaco, porque experimenté una gran vergüenza por la participación de las fuerzas armadas polacas en esta intervención. Pienso que la identidad nacional se revela precisamente cuando al comprobar los crímenes de cualquier pueblo se experimente vergüenza. Quien se avergüenza de los crímenes polacos es un polaco. Entonces experimenté por primera vez en mi vida algo similar al gusto amargo de la infamia nacional. Hay, en efecto, un *ethos* polaco, el mito polaco que se expresa en el lema: «Por la libertad nuestra y por la vuestra». Y los comunistas han hecho que se convirtiera en: «Por la esclavitud nuestra y por la vuestra». La tercera experiencia importante de ese período fueron los interrogatorios. Yo estoy entre aquellos que, como Kuron, no dijeron una palabra durante el sumario. Los oficiales encargados de la investigación repetían continuamente que era un judío y que debía abandonar Polonia. Señor Michnik, me preguntaban, ¿por qué no se va a Tel-Aviv? Yo respondía que me iría de buena gana, pero que antes debían irse ellos a Moscú. Un año después tuvo lugar el proceso. Hubo cuatro grandes procesos. La acusación principal estaba dirigida a Kuron y a Modzelewski; la segunda, a mí. Me condenaron a tres años de prisión. Era poco. Me esperaba una sentencia mucho más dura.

¿Era el año 1969?

Me acuerdo que de los funcionarios encargados de la investigación, en la época en que estaba en la cárcel, estaban furiosos sobre todo con Kuron, porque seguía

diciendo que era un judío, lo que les ponía hechos una furia. Su versión, en efecto, era que Kuron era un polaco convertido en títere de los judíos. Pero Jacek no podía soportar la idea de ser un muñeco, por lo que sostenía que también él era un judío y decía que ellos lo ignoraban porque la policía no sabía hacer bien su trabajo. Fue entonces cuando leí por primera vez tu nombre en los periódicos. Y, durante una visita, mi abogado me contó que en tu proceso habías declarado que cambiarías tu nombre por Kuron-Modzelewski.

No fue exactamente así. Jamás he dicho que quería cambiarme de nombre. El juez me preguntó cómo me llamaba —según el código de enjuiciamiento, los acusados deben declarar su propia identidad—, y yo respondí: «Kuron-Modzelewski». Entonces el juez me miró con los ojos desorbitados y dijo: «¿Cómo ha dicho?». «Me llamo Kuron-Modzelewski», repetí. «Pero usted se llama Cohn-Bendit», replicó. Y yo: «Entonces no me lo pregunte».

Lo que me impresionó fue el tono de la prensa polaca cuando escribía sobre el Mayo francés; era muy similar al usado para escribir sobre nosotros. Ignacy Krasicki, uno de los mayores cerdos del periodismo, un auténtico canalla, escribió en *Zycie Warszawy* un artículo sobre el Mayo francés, en el cual te definía como «ese imberbe y zafio judío». Escribió lo mismo de mí. En aquel período me identifiqué con el Mayo francés. Pensaba que estábamos luchando por las mismas cosas. Debieron pasar algunos años para comprender que era un error. Para mí lo más importante, entonces, era la intervención soviética en Checoslovaquia. Para los estudiantes occidentales en rebeldía era Vietnam. Eso constituía una diferencia esencial. Pero entonces no lo vi tan claramente. Sólo más tarde, cuando vi que Vietnam, después de la victoria de los *vietcong*, se transformaba en un campo de

concentración, sólo en ese momento comprendí lo profundas que eran las diferencias. Pero me ha quedado una simpatía sentimental. En tal sentido he discutido a menudo con mi maestro Leszek Kolakowski. El era de la opinión de que se trataba de un movimiento de carácter fascista. Yo lo veía de modo diferente.

¿Entendía el movimiento estudiantil en Occidente?

Sí. Cuando se le ofreció la cátedra de Adorno, los del SDS (la asociación de los estudiantes socialistas alemanes) le escribieron una carta abierta en la que lo exhortaban a no aceptarla, porque él era un científico burgués y ellos querían un marxista, un comunista. Kolakowski respondió con otra carta abierta en la cual declaraba que no tenía la intención de poner obstáculos a su lucha de clases contra los profesores. Creo que tenía razón, pero me ha quedado una simpatía emotiva por los estudiantes.

Estuve en prisión un año y medio, y ese período, para mí, fue una auténtica universidad de la cárcel. Allí aprendí mucho sobre el comunismo real. Lo vi en acción. Y no era muy divertido. Todo lo que antes sabía sólo en teoría, de golpe adquiría vida ante mis ojos. Pensaba continuamente en el chiste que contaban en Varsovia cuando se pasó la película antifascista *Mein Kampf*: Moczar y Gomulka están conversando. Gomulka le pregunta a Moczar: «¿Has visto *Main Kampf*?». Y Moczar responde: «El libro es mejor». Gomulka corrige: «La versión cinematográfica de un libro es casi siempre peor que el original».

Pasar un año y medio en prisión significa hacer una experiencia muy particular del comunismo. En tal situación, pensé a menudo que la referencia social fundamental del comunismo no es la lucha de

clases, o la lucha entre sectores sociales, sino la relación entre el prisionero y su carcelero. Los cargos de la acusación eran dos. El primero —pertenencia a una organización clandestina ilegal— era absolutamente falso. Jamás he formado parte de una organización semejante. Más tarde, en la época de Solidaridad, habría tenido un gran efecto si hubiese podido decir que ya había formado parte de una organización clandestina. Pero no era verdad, era una mentira. El segundo cargo de la acusación era: contactos con una organización extranjera antipolaca, con el fin de atentar contra el Estado polaco. La pena mínima prevista para tal delito era de cinco años. Y la organización extranjera era *Le Monde*, y su representante Bernard Margeritte. Por una conversación que había tenido con él, iba a recibir una condena de cinco años de cárcel. No me los dieron. No obstante, hoy se lo agradezco a la gente que lanzó esas acusaciones, porque de esa experiencia he aprendido algo.

Una cosa más llevé conmigo al salir de prisión: la capacidad de una obstinada resistencia emotiva en relación con los comunistas. En la cárcel me prometí a mí mismo que no dejaría jamás Polonia, que Polonia es mi país y mi patria, y que yo soy un patriota y no ellos, que cubren de vergüenza a este país mientras yo lo defiendo. No sé si lo he logrado, pero siempre he querido permanecer fiel a ese principio. En septiembre de 1969 fue liberado. En ese momento, reinaba una auténtica obsesión por exiliarse; muchos de mis amigos emigraron entonces. También mis padres eran partidarios de la idea de que me exiliase. Mi padre decía que los comunistas no me perdonarían jamás lo que había dicho durante el proceso.

Durante el proceso había declarado que no había protestado públicamente contra la intervención en Checoslovaquia sólo porque me encontraba en prisión. Y cuando el juez me preguntó por qué me había

negado a firmar una deposición durante el sumario, respondí que no se trataba de un sumario, sino de un intento de crear un expediente contra altos funcionarios del partido —me interrogaron, por ejemplo, sobre Ochab, no sobre Kuroń—; que conocía tal mecanismo por los procesos estalinistas y que, por esos motivos, me había negado a hacer una declaración. Conocía a la hija de Ochab desde los tiempos del colegio. Ochab era entonces presidente del Consejo de Estado, algo similar a un presidente. Ayudé a su hija a prepararse en historia para el examen de licenciatura. En marzo, en el transcurso de esta campaña organizada, en una reunión del partido, se le preguntó a Ochab si era verdad que Michnik le había dado clases particulares a su hija.

Ochab, antes de la guerra, había estado preso junto con mi padre, en la misma celda. La vida en común en prisión crea un vínculo particular. En ese momento, presa de la indignación, respondió: «Sí, Michnik ha ayudado a mi hija en historia y lo ha hecho muy bien». Poco tiempo después renunció a su cargo.

Mientras estaba en prisión leí en el periódico el discurso de Gomulka en el que me había atacado con nombre y apellido y pensé que después de eso me meterían por lo menos ocho años. Se puede decir que todo fue para mí una lección objetiva de comunismo real. Cuando más adelante leí el *Archipiélago Gulag*, allí donde Solye-nitsin escribe: «Alabada sea la celda de la prisión, porque me ha formado», me identifiqué profundamente con esa afirmación. La cárcel me ha educado. Si entonces no hubiese acabado en prisión, tal vez ahora me habría convertido en un canalla como Rakowski o Urban. Por ello doy gracias a Dios. Un año y medio después fui a trabajar a una fábrica. Durante dos años fui obrero.

¿Y por qué? ¿Porque sí, o porque no había para ti ningún otro trabajo?

No tenía otra posibilidad. Para que me permitiesen estudiar de nuevo debía trabajar dos años en una fábrica. Trabajé como soldador en la fábrica «Rosa Luxemburgo», donde se hacen bombillas. Desde entonces circula la broma de que todas las bombillas que se funden muy fácilmente debo de haberlas hecho yo. Y yo decía que, puesto que en Polonia gobierna la clase obrera, había llegado finalmente al poder. También ésta fue una experiencia muy importante para mí. Provengo de una familia de intelectuales y aquél fue mi primer contacto prolongado, sincero y directo con los obreros.

Esa fue, pues, tu fase de maoísmo forzoso.

No, maoísmo no.

Maoísmo forzoso. Te mandaron a la fábrica como durante la revolución cultural.

Antes me contaste que estabas en cierto sentido reconciliado con Solidaridad después del 13 de diciembre. Tengo la impresión de que tú equiparas prácticamente tu identidad política en la oposición, tu actuar, tu irreductibilidad, a la —digamos— metáfora cristiana de un mártir. El mártir erguido, el camino directo a través del martirio. Tengo la impresión —por decirlo en términos un poco duros— de que esto, en última instancia, marca tu comportamiento después del 13 de diciembre.

No me gustan palabras tales como irreductibilidad y martirio. No me siento a mis anchas en ese papel. Si alguien intenta encasillarme en él por fuerza, me siento mal, porque me va estrecho. Pero hay algo de verdadero. Si luchas por algo, debes ser el primero en mostrar con tu comportamiento que crees en ello, debes dar testimonio con tu actitud. Kant ha dicho que se debe ser coherente y es necesario que tú lo seas. Yo no soy coherente cuando se trata de sistemas de valores, porque sólo existen valores conflictivos. Pero lo soy

cuando se trata de mí. Mi amigo y maestro Zbigniew Herbert, el gran poeta polaco, solía decir: «Cuando tienes sólo dos caminos para elegir, uno más fácil y otro más difícil, debes entrar siempre por el más difícil».

Ahora me toca a mí con un toque hebraico: «Cuando tienes sólo dos posibilidades, elige la tercera».

Yo elijo la segunda, el camino más difícil. Es decir, no sé si lo hago, pero sé que debería hacerlo. Y cuando elijo el más fácil cometo un error. En este sentido creo que mi deber era —en el momento en que, después del 13 de diciembre, proponía a Solidaridad una filosofía del compromiso político— comportarme de modo tal que fuese absolutamente claro que no lo hacía para salir de la cárcel. Porque sólo comportándome en el plano personal como un *kamikaze* —mientras al mismo tiempo proponía un compromiso— resultaría creíble. En esto está contenida una determinada filosofía política y también de vida. En verdad me parecía que un choque frontal habría sido una desventura para Polonia y quería que se creyese que lo pensaba desinteresadamente. Por ello elegí en el plano personal el choque frontal, mientras que en el político sostenía la necesidad de un compromiso.

En diciembre de 1983 el ministro Kiwczak, jefe de la policía, hizo llamar a Basia y le dijo que debía convencerme de que me fuera al extranjero. Podía elegir entre pasar las inminentes fiestas de Navidad en la Costa Azul o pasar muchos años más en la cárcel. En respuesta le escribí una carta, por la cual todo el pueblo polaco me quiere, a mí, que soy un intelectual esotérico. Le escribí desde la prisión: «Sé que usted, en mi lugar, elegiría la Costa Azul. Esta es, precisamente, la diferencia entre nosotros: que vosotros sois cerdos y nosotros no. A mí Polonia me gusta, aun desde una celda de prisión. No

tengo intención de dejarla. Puede, pues, quitarse de la cabeza ese tipo de ofrecimientos». Y la carta fue transmitida, la víspera de Navidad, por la radio occidental. Rodeados por una atmósfera de fiesta, los polacos pudieron escucharla por *Radio Europa Libre*. ¡Y desde entonces nadie afirma ya que soy un judío! Porque he salvado el honor polaco... Pero ahora ya no conviene que esto se publique.

¿No llega un momento en que precisamente esa actitud se convierte en una carga? ¿Cuántos años has pasado en chirona?

Seis.

No, digo desde el 13 de diciembre.

Muchos menos, naturalmente. Pues... dos años y ocho meses más otro año y medio, o sea otros dieciocho meses.

¿No experimentas jamás una sensación de cansancio? ¿No llegas nunca a ese límite personal tuyo, es decir lo que un individuo puede soportar en una situación como ésta?

Los tontos tienen suerte. En prisión escribí cinco libros. La cárcel ha hecho de mí un escritor apreciado en Polonia y traducido en Occidente. ¿Cómo podría lamentarse? ¿Y quién no está cansado alguna vez? Para estar cansados, no es necesario vivir en el comunismo. Yo estoy cansado, a veces.

¿Vives hoy con la perspectiva de ser arrestado mañana, o tienes ahora la sensación de poderte organizar por un tiempo en esta relativa —pero, en relación con la prisión, real— libertad?

Pienso que no se debe especular con el destino. Creo que he tenido suerte en la vida. Tengo una mujer guapa, he escrito unos libros, tengo la sensación de gustarles a las personas que estimo. ¿Por qué debería planificar mi futuro? Tengo un solo

plan para el porvenir: querría estar en mi sitio. Y del resto es responsable Dios.

¿Qué significa «estar en tu sitio»?

En mi sitio desde un punto de vista moral. El resto se lo dejo a Dios. Puede ser que se ocupe de ello.

¿Has comprado otro billete de lotería?

Sí, compro uno cada día. *C'est ma philosophie.*

La última pregunta.

No es necesario que sea la última. Cuanto más preguntas, más me estimulas. Porque me resulta difícil hablar de mí.

Ayer, hablando, dijiste que es extraño cómo esta gente del 68 —por ejemplo Franco Piperno, que estaba cerca de las Brigadas Rojas, Tom Hayden, que hoy forma parte del *establishment* del Partido Demócrata norteamericano y antes estaba en el SDS, a la reformista, Rudi Dutschke, yo, Peter Uhle en Checoslovaquia, Bukovskij en la Unión Soviética, que tienen posiciones políticas sumamente diferenciadas, a veces contrapuestas, permanece ligada por cierta simpatía, por cierta solidaridad. ¿Por qué? ¿Cómo te lo explicas?

¿Y tú cómo te lo explicas?

Te lo dije ayer. Me he reconocido en aquello que dijiste de vuestro comportamiento en la universidad, de los ensayos que hacíais de formas de conducta antiautoritarias.

Creo que, en este contexto, el término antiautoritario es un concepto clave. Las autoridades contra las cuales nos rebelábamos eran diferentes. Pero el sentimiento de la rebelión era común. Era lo que decía el Che Guevara: «Mientras el mundo sea como es no quiero morir en mi ca-

ma». Este es un problema. Esta generación, en efecto, tiene una determinada *chance* histórica. Pero las ocasiones pueden ser aprovechadas o perdidas. A menudo tengo la sensación de que nosotros no las disfrutamos. Somos nosotros, sin embargo, los que tienen la *chance* de explicar a los polacos quién es una persona como Dany, y son las personas como Dany las que tienen la *chance* de acercarse al mundo occidental a gente como Kuron. Explicar no significa simplemente experimentar simpatía. Significa intentar comprender. E intentar traducir la pasión del otro en la propia lengua, o en el lenguaje de la propia cultura. Si no llegamos a entendernos, en efecto, el totalitarismo tomará la delantera, tanto aquí como entre vosotros.

Por lo que a mí respecta —naturalmente no puedo hablar por todos— la lengua común o la pasión común nacen de los encuentros que hemos tenido en el curso de los años, aunque los hayamos encarado en planos completamente diferentes. Si ahora declaro en Occidente que tú eres el hombre de mi generación que más admiro, debo también decir, no obstante, que no sé si yo en Polonia, en un país totalitario, habría tenido la fuerza de llegar tan lejos. Soy demasiado amante de la vida como para ir tan lúcidamente al encuentro de la prisión. Creo, sin embargo, que lo que efectivamente nos une —sobre la base de nuestra experiencia de vida, desde la rebelión antiautoritaria de finales de los años sesenta hasta hoy—, es una sensibilidad antiautoritaria y un concepto amplio y apasionado de democracia.

Dany, yo no he ido jamás a la cárcel porque lo quería. Iba porque me mandaban. Creo que un *gentleman* debe seguir siendo un *gentleman* aun cuando termine en la mierda. Y yo me he mantenido como tal, no porque lo quisiese sino porque era necesario. Soy una persona honesta por necesidad, no por vocación. Amo la vida igual que tú. No soy nada apto para

hacer el mártir. Después del 13 de diciembre hubo un momento en que el gobierno nos propuso ir al extranjero y algunos de mis amigos querían partir, lo consideraron seriamente, mientras yo dije desde el comienzo que no me iría. Kuron, que tampoco quería irse pero opinaba que debía discutirse sobre ello, una vez —lo habían llevado a mi celda— me dijo: «Adas, ¿por qué no quieres considerar la posibilidad?». Le respondí: «Cuando ya te han montado en el caballo blanco, aquél en el cual debería llegar a Polonia el general Anders (1), y todo el país te mira, no puedes, sobre este caballo blanco, escabullirte, y no puedes hacerlo de ninguna manera si eres un judío».

La orientación antitotalitaria y antiautoritaria es una *chance* para esta generación. Ha sido el punto de partida de esta generación, ha ligado al Este con el Oeste. Franco Piperno me consideró un agente del totalitarismo porque hablé con Wyszynski. No llegaba a convencerse del hecho de que habíamos leído los mismos libros. Esto le ponía realmente nervioso.

Era el año 1976 ó 1977.

Sí. Yo era un claro adversario de las Brigadas Rojas. Independientemente de sus

intenciones creo que —desde el punto de vista de las consecuencias de sus acciones— nada las distinguía de los nazis. Lo que hicieron con Moro es repugnante. No consigo hablar de ello con serenidad: que se secuestre a un hombre, que se le calce una media en la cara, que se le obligue a firmar una declaración cualquiera y se defina todo como un acto de justicia revolucionaria, esto no se diferencia en nada de Stalin. El hizo lo mismo. Y a pesar de todo siento por Piperno cierta simpatía. Es un hombre de corazón puro, pero que se ha extraviado. Soy incoherente en este punto, lo sé. No debería hacer este tipo de diferenciaciones. Debería decir: Hitler, Stalin, Piperno son la misma cosa. Pero no lo consigo. Quizá sea una debilidad mía. Pero a veces hay que ser fieles también a las propias debilidades.

Traducción de Mario Merlino.

(1) El General Anders era el comandante del ejército formado después del acuerdo polaco-soviético de 1941 por los prisioneros de guerra polacos. Tal ejército dejó la Unión Soviética y participó en el desembarco aliado en Italia. El general Anders aparecía a menudo montado en un caballo blanco y así se lo imaginaba la fantasía popular como posible liberador de la dominación soviético-comunista.